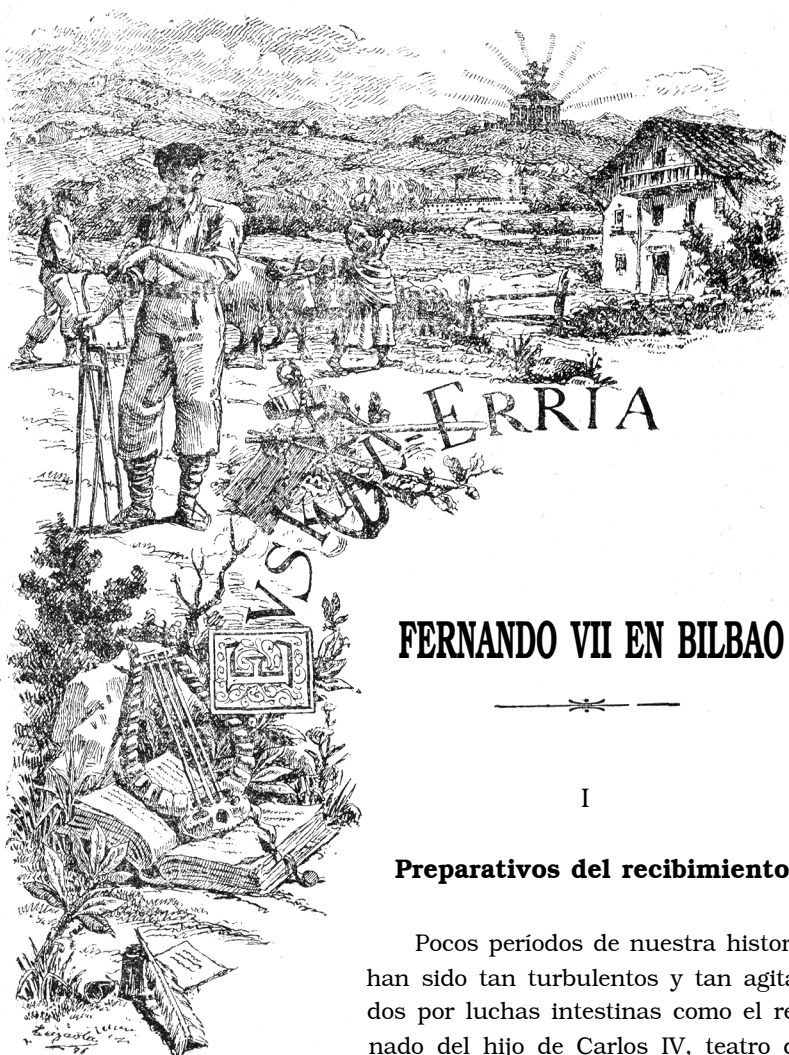




FERNANDO VII EN BILBAO

I

Preparativos del recibimiento

Pocos períodos de nuestra historia han sido tan turbulentos y tan agitados por luchas intestinas como el reinado del hijo de Carlos IV, teatro de la serie de peripecias á que dieron lugar los preludios de la lucha tremenda entre el régimen absoluto y el sistema constitucional. Y no procedían siempre las algaradas de los liberales, sino que en 1827 alcanzó tales proporciones el levantamiento ultra-realista de los apostólicos de Cataluña, encaminado al restablecimiento de la Inquisición y de la pureza é integridad del viejo absolutismo, que el Monarca hubo de trasladarse al Principado para dominar el movimiento sedicioso, precursor de la guerra de los siete años.

No se propagó á estas provincias la insurrección iniciada en Man-

resa, porque el país bascongado rechazó con indignación la tentativa de Lansagarreta en Alaba, y aceptando Fernando VII la invitación de las Diputaciones forales, se resolvió, una vez sofocada la formidable rebelión catalana, á visitar Guipúzcoa, Bizcaya y Álaba en el año 1828, antes de su regreso á la corte.

La venida á Bilbao del Soberano, acompañado de la Reina Amalia, causó emoción profunda en el vecindario de la entonces modesta villa, que no había tenido ocasión de recibir huéspedes de tan alta alcurnia durante los tres siglos y medio transcurridos desde la visita de los Reyes Católicos. El Señorío se hallaba en pleno dominio realista; excluidos en absoluto los constitucionales procedentes de *los tres llamados años* de toda clase de cargos públicos; no se ponía entonces en tela de juicio el acatamiento á la realeza, y se había acentuado el entusiasmo por Fernando VII con la derogación del contrafuero cometido el año anterior al pedir á Bizcaya el contingente para el ejército, concurriendo todas estas causas á prepararle un recibimiento espléndido que originó dispendios cuantiosos, y á pesar de los escasos medios de publicidad de que entonces se disponía, tanto la Diputación general como el Ayuntamiento tuvieron cuidado de imprimir las memorias descriptivas de la célebre década, redactadas, por cierto, en términos harto ampulosos, en los que se agotó el vocabulario de las lisonjas y adulaciones, pareciéndonos ahora empalagosas tan enfáticas reseñas, aun á los monárquicos más sinceros y convencidos.

¡Cuán útil sería que se aclimatase entre nosotros la afición á las monografías locales, y que cada uno de estos acontecimientos fuese objeto de estudio concienzudo hasido en la investigación minuciosa depurada en la sana crítica! Porque tales narraciones encierran a menudo detalles al parecer insignificantes, pero que, como dice D. Carmelo Echegaray, conducen al conocimiento del alma de un pueblo mucho mejor que las relaciones pomposas de sucesos históricos de gran resonancia.

Sólo permiten los límites de este artículo algunas pinceladas en el cuadro lleno de luz y colorido á que se presta la famosa década de Bilbao. Según el cronista de la época, «vano sería el empeño de quien arremetiese con la empresa de escribir puntualmente las emociones de dulzura, júbilo y enternecimiento que asaltaron á cada uno de los miembros del ilustre Ayuntamiento cuando se les participó oficialmente que, accediendo S. M. á la respetuosa invitación y humildes ruegos

de los apoderados de estas tres provincias, se dignaba honrar con su presencia esta villa. El Ayuntamiento, no obstante el *embargo gozoso de que se vió sobrecoigido*, tuvo intervalos para entregarse á la consideración de que la venida de los buenos reyes á los pueblos ha sido siempre un suceso de feliz agüero que se celebra con transportes de la más acendrada cordialidad y se transmite á la posteridad con arcos triunfales, pirámides, lápidas, emblemas y otros monumentos públicos.»

Distribuyó la villa los preparativos en diversas comisiones «aprovechando su ingenio y su discurso para lograr que el resultado cuadrara con el intento, y que sus obras, en caso de no superar, igualasen por lo menos á las que con hidalga competencia se habían ofrecido á los augustos viajeros en la carrera. Su primer cuidado se encaminó á aumentar el realce de los edificios y *la esbeltez de las casas consistoriales*, como instrumento eficaz para que los particulares se afanasen en la imitación.» Al mismo tiempo se pregonó por bando, á fin de que los propietarios tomasen las medidas oportunas para blanquear, pintar ó embellecer las fachadas y costados de las casas, «de modo que presentasen un aspecto grato, y en alguna manera digno de la inestimable visita con que iba á ser favorecido el pueblo.»

Los Sres. Alcalde, Justicia y Regimiento publicaron otro bando sumamente curioso, dictando varias reglas de policía «para que todos los habitantes contribuyesen al debido obsequio de sus amados soberanos con la moderación y tranquilidad que debe observarse durante el tiempo de su residencia en esta villa;» pero hay artículos dignos de mención, porque reflejan el carácter de la época: «Los padres de familia cuidarán de que no anden por la carrera *los niños de edad inferior á la de catorce años; ni las madres ó amas con los de pecho, ni las mujeres en cinta*, consultando á su propio interés y al del público, que no lo tiene menos en que en días de tanto júbilo se le presente á la vista el menor contratiempo.» Los vecinos tenían la obligación de limpiar los umbrales de sus casas antes de las ocho de la mañana y se les obligaba á iluminarlas, conforme á sus recursos, durante la permanencia de SS. MM. desde las nueve hasta las once de la noche; también se ordenó á los maestros y oficiales de albañilería, que en gran número acudieron á Bilbao para ocuparse en los preparativos del recibimiento, que no alterasen los jornales corrientes.

Se encargó un señor regidor de arreglar la *deleitosa alameda* de Campo-Volantín y de la plaza de los San Joanes para que ofrezca có-

modo piso y *perspectiva halagüeña*; otro edil de adornar los puestos del matadero y carnicería, que «han causado admiración en todos tiempos, y quizá no tenga competidor que los desafíe.» Se encargó á un capitular el cierre, por medio de verjas, dei trozo de muelle comprendido entre Barrencalle y la Cendeja. Del arreglo del palacio destinado á los régios huéspedes, que era el contiguo á San Nicolas, se hizo cargo la Diputación, «descollando este edificio con majestuosa pompa sobre el apacible recinto del Arenal»; habilitáronse para alojamiento de soldados el almacén que poseía el Señorío en la Estufa y otro llamado de Estiva, situado allende del río; se preparó el modelo en tamaño natural de los arcos de la actual Plaza Nueva; se repararon los pretils en la parroquia de San Nicolás y el caño maestro destinado «á regar saludablemente las calles y barrer los albañales»; se decoró el frontis de la parroquia de San Juan para «colocarla en el zenit de su lucimiento», terminando apresuradamente «los últimos rasgos» del puente colgante, que era el segundo de su clase que se construía en España. Las cuatro corridas de la Plaza Vieja—que entonces se llamaba Mayor—exigieron la construcción de talanqueras y tendidos; se aumentó el alumbrado público; se organizaron bailes de etiqueta en los salones del Consulado, cuya comunidad «ardía en un fuego muy puro de lealtad y amor á su Soberano, y otros bailes populares en el café de Delmas; se prepararon dos arcos de triunfo, brillantes comparsas, músicas, partidos de pelota, fuegos de artificio y otros regocijos, ordenando se colgasen vistosamente los balcones, ventanas y antepechos de la carrera.

Desde este instante es ya Bilbao un puro movimiento parecido al de las ondas del mar cuando se agitan por una fresca brisa; todos arden en oficiosa impaciencia; el Nervión se cubre de bajeles que vienen á surcar sus aguas, ofreciendo los caminos el cuadro de una peregrinación en que el tropel de peatones se ve impedido de andar por el obstáculo y bullicio de los carruajes. Los plumajes y morriones que se divisan á lo lejos, los coches y otras insignias de la servidumbre real, anuncian la intermediación de los *Soberanos*, y que se toca en la gloriosa década que vivirá perenne en los anales de Bilbao.»

II

La llegada

La Diputación general del Señorío anunció á los pueblos y leales habitantes de Bizcaya que S. M. se había dignado condescender á la instancia de las tres provincias, y que acompañado de la Reina y de su comitiva, pisaría el territorio bizcaino el día 14 de Junio del año de gracia de 1828, pernctando en Durango aquel día y el inmediato, y haría su entrada en Bilbao en la mañana del 16. Convocó, al efecto, la Diputación al Regimiento y Padres de Provincia, para «tratar de los medios de recibir y obsequiar á sus Reyes y Señores con la dignidad, entusiasmo y satisfacción propios del amor y fidelidad que siempre les han profesado.»

Al discutir el ceremonial con que había de hacerse el recibimiento en Bizcaya, se consignó que, correspondiendo al Cuerpo general del Señorío el cumplimentar, antes que otra autoridad ó individuo alguno, á su Señor y Soberano, debía ser representada Bizcaya para tan solemne acto por sus diputados generales, síndico procurador y secretario, con el acompañamiento de tres caballeros y del padre capellán. Protestó de este parecer el corregidor, sosteniendo debía concurrir á recibir á SS. MM. en el confin de Bizcaya y arengar al Soberano antes que el señor diputado general de turno, tanto por el concepto de corregidor como por el de presidente de la Diputación. Se opusieron á su parecer todos los demás concurrentes, fundándose en la inmemorial é inconcusa practica de que ninguna de las exposiciones elevadas por Bizcaya al Soberano se hallaba firmada por el corregidor, y que tanto por escrito como de palabra había siempre hablado Bizcaya á sus Señores por conducto de los diputados generales. Insistió aquel, concluyendo por manifestar que, á reserva del derecho de primacía propio de su carácter y dignidad, dejaría de concurrir á cumplimentar á los Reyes en el confin del Señorío, por evitar en tan fausto suceso contestaciones y competencias.

El cronista del Ayuntamiento de Bilbao, en aquella década, exclama: «¡Oh día 16 de Junio! ¡Cuánto convendría que el valor de las palabras igualase al de las cosas para que fueras trasmitido á la posteridad con todos los arreos que hacen inmortal tu memoria! Amaneces

con el sol cubierto de ligeras nubes, como para dar á entender que este hermoso astro se esconde de vergüenza ó de temor de ofender á la amenidad de la fiesta. Por todas partes hierve el gentío, y susurra un rumor sordo. Suena el reloj las seis, y un secreto impulso predice que Fernando y su adorada esposa se despiden de las autoridades y pueblo leal de Durango.»

Reúnense en el salón de la Casa Consistorial los individuos del Ayuntamiento, beneficiados del Cabildo eclesiástico y los jóvenes de ambos sexos que forman las comparsas. A las ocho y media se dirige al alto de Miraflores una comisión compuesta de diputados segundos y de varios regidores del Señorío, escoltada por 20 jinetes vestidos con lucidos trajes de moros abencerrajes y acompañada de un grupo de alumnos del Colegio de Santiago; poco después parten las tres corporaciones de la Villa, Consulado y Cabildo, que esperan bajo el arco levantado en Achuri, en el límite jurisdiccional de Bilbao y Begoña.

A las nueve se arría la bandera izada en el Puente Nuevo y el estallido de un cohete confirma la llegada de SS. MM. Se había situado en Miraflores la carroza triunfal de hierro, construida en Durango á expensas del Señorío—que se custodia en la Armería Real de Madrid—y un repique general de todas las campanas de las iglesias y conventos, las descargas de las piezas de artillería disparadas por los voluntarios realistas en el alto de San Francisco, el estruendo producido por las de grueso calibre del bergantín *El General Longa* y los millares de cohetes lanzados desde los edificios del Señorío, Villa y Consulado demuestran con gran estrépito la aproximación de la comitiva, añadiendo la crónica de la época: «Un clamor y algazara nacidos de la fuente del contento se generalizan por los aires y anuncian que los virtuosos *Monarcas* se han apeado de su coche y aceptado la carroza que les ofrece la comisión del Señorío. En medio de este horrisono aparato la bondad de los Soberanos se entretiene con la graciosa contradanza que bailan los jóvenes colegiales; y dando muestras de aprobación se dignan acelerar el momento de calmar la inquietud gozosa de los bilbainos.»

El Alcalde les manifiesta en nombre del Ayuntamiento la más profunda gratitud por el inestimable favor que dispensan á la Villa, teniendo la honra de poner en manos de S. M. la vara real; el prior del Consulado y el del Cabildo eclesiástico les dirigen análogas felici-

taciones, é inmediatamente rompen las comparsas un gracioso baile que termina con saludos á las augustas personas.

Abren la marcha cuatro batidores de la Guardia real; siguen los veinte abencerrajes divididos en dos filas, y á continuación el Cabildo eclesiástico; viene después una carroza de forma elíptica adornada con telas de delicado gusto, tirada por cuatro caballos ricamente enjaezados y dirigidos por gallardos jóvenes, que conduce á Apolo con las cienes ceñidas de laurel y nueve agraciadas musas, ataviadas con gran propiedad y adornadas con la lira, el puñal y demás atributos mitológicos, que, por su belleza y elegancia, producen admirable efecto «obscurciendo el brillo de las del Parnaso». Sigue la carroza que conduce á la matrona representando á la villa de Bilbao por una hermosa joven de familia principal, vestida primorosamente; le acompañan dos genios y gobierna el tronco de caballos blancos un caballero de los más distinguidos, dando escolta á los costados de la carroza cuatro jinetes vestidos á la antigua española. Van á continuación cuatro comparsas con sus bandas de música; las dos primeras simbolizan la agricultura por la diosa Flora en medio de dos genios y de un grupo de jardineros y jardineras con canastillas de flores, y por la diosa Ceres coronada de espigas, rodeada de genios, labradores y labradoras; la tercera y cuarta representan el Comercio y la Industria por las diosas Tetis y Anfitrite á la cabeza de las comparsas de pescadores y marineros de ambos sexos. Según el autor de la Memoria, al ocuparse de las hermosas jóvenes, «ni la pluma más ingeniosa ni el pincel mejor cortado se atreverían á retratar aquella gracia, aquel donaire, aquella gentileza con que arrebatan la admiración y aplauso de cuantos ven cómo ondean los ligeros vestidos, cómo acaricia blandamente el viento las fajas y cintas que llevan en sus manos y cómo giran modestamente el ágil cuerpo, enseñando los contornos de su airoso talle.»

Forman en la comitiva los individuos del Consulado y de la Villa, terminando con el séquito de la Corte y la elegante carroza en que vienen SS. MM. á cuerpo descubierto, precedidos por los colegiales de Santiago y escoltados por la Guardia real, dirigiéndose al palacio de San Nicolás por la plazuela de los San Joanes, Plaza Mayor, Ribera y la calle de tilos del Arenal. En los tablados construidos en la plaza para las corridas de toros y en los balcones de una y otra orilla esperan más de ocho mil personas que sienten latir anhelosamente sus pechos al divisar el regio acompañamiento; sucesivamente se rin-

den á un éxtasis delicioso, hasta que por fin, con la vista en los *Soberranos*, se desata la multitud en vivas y aclamaciones contestados con afables saludos.»

A tan hermoso cuadro se agrega el que ofrecen las aguas del Nervión surcadas por diez y ocho lanchas y falúas adornadas con sus toldos, banderas y gallardetes, y tripuladas por doscientos remeros de los más diestros de la costa que, con gran soltura y algazara, hienden como un solo hombre las argentadas aguas siguiendo la marcha del cortejo, y contribuyen al efecto pintoresco las grímpolas y banderas de dos bergantines y un lugre empavesados y fondeados en la ría y las vistosas colgaduras de los edificios. Llega la comitiva al arco suntuoso levantado en el extremo de la Ribera—sin duda en frente del actual Teatro—decorado también con atributos mitológicos, que entre los dioses Apolo y Cupido ostenta en letras de oro esta inscripción:

«El homenaje mayor
es el que nace de amor:
éste da Bilbao dichosa
á Fernando y á su esposa.»

Los dos batallones de la Guardia de honor ó voluntarios realistas de la Villa están tendidos en la carrera con los de la Guardia real de infantería y cazadores provinciales, y al apearse los Reyes en el palacio de la Estufa, les ofrecen sus homenajes la Diputación del Señorío y las comunidades del acompañamiento. Por la tarde, es insuficiente el recinto del Arenal para contener la afluencia de gentes «que vienen á gozarse en el placer de adorar á SS. MM., dignándose nuevamente consolar al público con su augusta presencia, excitando vivamente su sensibilidad la inocencia y sencillez con que los modestos aldeanos se entretienen en sus usados bailes.»

PABLO DE ALZOLA.

(Se concluirá)





FERNANDO VII EN BILBAO

III

La estancia en la villa

Por la noche se iluminó el Arenal con profusión de vasos variados colores, cuyo número ascendía á más de veinte mil. «Se desprendían del roble y del tilo para ligarse en agradables ondas con la acacia y el haya, ó subían en forma espiral por los troncos á internarse en las ramas, produciendo el engaño de que el fruto de los árboles era de rubíes, esmeraldas y topacios». El vecindario se esmeró en la iluminación, empleando en los balcones hachas de cera ó artificiales de madera, y los dos bergantines y el lugre fondeados en el Nervión lucían en sus verbas y mástiles multitud de faroles «que eran otros tantos metales encendidos ó piedras preciosas reproducidas en las aguas, formando una segunda iluminación.»

En la mañana del día 17 hubo parada con las tropas de la Guardia real y los dos batallones de voluntarios realistas, y á las diez se dirigieron SS. MM. á la basilica de Santiago, en donde se cantó un solemne *Te Deum* con su correspondiente misa, á la que asistieron la Diputación del Señorío, el Ayuntamiento y Consulado, las comunidades religiosas de San Francisco, San Mamés, San Agustín y Capuchinos, con los Padres de los Hospicios del Carmen y Santo Domingo, gran número de vecinos y no pocos forasteros. Al regresar se colocaron los Reyes en el trono de su residencia, para un besamanos que estuvo muy brillante y concurrido.

Por la tarde acudieron frente al palacio las comparsas del día anterior, alternándose las contradanzas con un himno cuya letra compuso un ingenio de la villa. «Erato, Euterpe y Terpsícore abandonaron el Pindo para trasladarse al Arenal, y las Musas en esta ocasión se excedieron á sí mismas. Las diez y ocho lanchas y falúas comenzaron á bordear la ría, no siendo fácil averiguar si la hermosura de sus aderezos cautivaba más la atención que el brillo de las perlas que levantaban los remos. Iba en la *Capitana* la banda de músicos de la Guardia de honor, que con sus gustosas sonatas suspendía á las náyades mismas, atrayendo á la ribera un gentío innumerable.» Por la noche lució un sencillo fuego de artificio, como preludio de los que se preparaban para más adelante.

El día siguiente visitaron minuciosamente el santo Hospital civil, á cuyas puertas esperaban los individuos de la Junta de Caridad. La Junta solicitó la gracia de un permiso para la rifa anual de 4.400 reales de vellón en dinero y 2.200 en alhajas de plata ú oro, y con gran premura comunicó el Ministro de jornada, D. Francisco Tadeo de Calomarde, la Real orden concediendo la autorización pedida. Al regreso á palacio hubo también besamanos en el que el Alcalde D. Mariano Sierralta de Salcedo dirigió á S. M. una nueva alocución extremadamente expresiva.

Por la tarde del referido día 18, y en las tres inmediatas, asistió el Rey á las corridas de toros, ocupando el solio que la Diputación general había preparado en el balcón de la casa alquilada, en donde á la sazón celebraba sus sesiones, y no dejó de tener el Ayuntamiento algunos celos por tal preferencia, aun cuando *para alivio de esta privación* se colocó la Real comitiva en los balcones de la casa consistorial. «S. M. no podía conservarse indiferente á la novedad extraña de que

se disfruten las corridas desde los barcos, desde las peñas, desde los caseríos y desde los montes. Diez mil personas, desguindándose por los mástiles, burlando las continuas amenazas de la marea, tendidas sobre el heno y el césped con sus frugales meriendas, y las demostraciones de júbilo y entusiasmo lanzadas por la multitud enajenada que ocupaba las talanqueras, debieron lisonjearle. Dirigió el Rey la plaza por medio de su mayordomo mayor, concediendo un toro de gracia en cada una de las tres primeras tardes y dos en la última. Con el fin de evitar el enojo de la monotonía, se sacaron en la del día 20 cuatro dominguillos perfectamente formados y vestidos que se erguían en los ángulos de una vistosa glorieta fabricada con arcos de hojas de laurel y mirto. Se suspendió en un barrote colocado en mitad de la plaza, girando alrededor, y como arrojase diversos combustibles que se ocultaban en el interior de las ramas, produjo un entretenimiento que acomodó bastante á los espectadores.»

En la mañana del día 19 se celebró un partido de pelota entre los más diestros jugadores de las provincias en el frontón contiguo á la morada del Monarca. Hubo que suspenderlo á las dos horas y media, y aunque se renovó dos días después, tampoco pudo terminarse por lo equilibradas que estaban las fuerzas y los ardores de un sol abrasador. Por la noche se quemaron los fuegos artificiales preparados por el Consulado.

El Colegio de Santiago de Bizcaya, situado en la calle de la Ronda, que se hallaba bajo el amparo de la Diputación, lo visitaron el día siguiente, siendo recibidos por el Sr. Director y cuatro profesores. Después de los vivas de ordenanza, lanzados por los estudiantes de filosofía, «tendieron sus manteos con aquella galantería que tanto saben apreciar los altos personajes.» Terminado un prolijo examen de las dependencias, algunos alumnos tocaron el piano y otros bailaron con gran complacencia de las reales personas, á quienes besaron las manos los estudiantes y empleados del Instituto. Se dirigieron desde allí á la plaza Nueva, cuyo modelo se preparó en el corto plazo de treinta días, derribándose cuatro casas y seis casucas enclavadas dentro de su recinto. «Vieron las magníficas columnas que presentan el aspecto de los famosos monumentos de la antigua Grecia: repararon el cornisamento y estructura del orden dórico que tanto esmalte añade á la obra y alabaron lo cómodo y espacioso de los soportales.» Pocos días después se dictó la Real orden suscrita por Calomarde

aprobando dicha obra y autorizando que se titulase plaza de Fernando VII, así como para la colocación en el centro de una estatua ecuestre de S. M., según lo proponía el Ayuntamiento.

Durante la década se celebraron cuatro bailes de etiqueta en los salones del Consulado, á los que no asistieron los Monarcas por temor al relente, y otros cuatro públicos en el café antes mencionado.

Se entendía la rigurosa etiqueta para las señoras por manga corta, vestido redondo y escotado lo menos posible; los caballeros debían llevar frac negro, calzón corto negro ó blanco, medias de seda y zapato con hebilla, pudiendo usar pantalón y bota los que llevasen uniforme, contando las crónicas que hubo gran lujo de encajes, sedas, recamados tisús, brazaletes, coronas y collares de oro y embutidos diamantes.

«Las bebidas, los dulces y las exquisitas viandas circulaban por los aparadores abundantemente provistos, proponiéndose el Ayuntamiento ser profuso y los concurrentes ser sobrios.» En los bailes del café se admitía á las señoras con manga larga y á los hombres con pantalón y bota, pero sólo se permitía bailar á los que llevaban zapato, y á los que iban de uniforme.

El día 21 hubo por la mañana una función solemne en Santiago, y por la tarde, después de presenciar el baile de la *Ezpatadantza*, visitaron los jardines del Arenal, en donde se habían levantado dos glorietas: una de figura exágona con la plataforma construida de piedra sillar y un cuerpo de seis arcos, terminado por cúpula piramidal, y la otra consistía en un pabellón chinesco; examinaron después la ribera y el nuevo puente colgante que llamó mucho su atención, presenciando por la noche los fuegos de artificio preparados por el Ayuntamiento en el juego de pelota. Se lanzó una nube de cohetes y ardieron varias piezas, como paraguas chinescos, espejos de damas, cipreses, el combate entre dos fragatas y un castillo, voladores y cajas de Bengala. Después de los fuegos vieron el columpio de Apolo, que consistía en un hermoso globo trasparente representando el sol, á cuyo rededor giraban rápidamente cuatro ligeras falúas que figuraban los planetas Mercurio, Venus, Cibeles y Saturno, hallándose tripuladas por niños, cuyos trajes caracterizaban las diferentes regiones del orbe.

Salieron SS. MM. en coche á las diez de la mañana del 23 para visitar la Santa Casa de Misericordia, siendo recibidos por la Junta del Asilo. Albergaba entonces á 339 ancianos y niños de ambos sexos, y

examinaron la fábrica y almacén de loza, la oficina de tejidos de lienzo, la imprenta y todas las dependencias del establecimiento, ocupando después el solio que se les tenía preparado para el besamanos acostumbrado en estas visitas. Por la tarde se repitió la contradanza de las comparsas, con romería en el Arenal y baile al son de tamboril y de gaitas ó zarrabetes. El día inmediato de San Juan Bautista, último de la estancia de los Reyes en Bilbao, celebró de pontifical el Obispo de Santander y hubo gran procesión; presenciaron desde el balcón de la casa Diputación una fiesta de volatines y la ascensión de un globo aerostático, y por la noche lucieron los fuegos de artificio costeados por el Señorío, sobresaliendo entre todas las figuras la del templo salomónico.

El Consulado hizo los preparativos para una excursión náutica, que no llegó á realizarse. Se levantó en Olaveaga un arco de triunfo sostenido por dos quechemarines lujosamente decorados y coronado por Neptuno. Se preparó la falúa mayor de la comunidad, «pintándola de un blanco exquisito, en cuyo bruñido y el de los filetes dorados reverberaba el sol y espejeaban las aguas. El interior de la carroza se adornó con fausto, cubriendo los asientos y el suelo con seda y terciopelo y servían de cortinas los encajes que deslumbraban con el oro.»

Se arregló con suntuosidad el estandarte real, se pintaron y adornaron los remos con figuras de peces, vistiéndolos con esmero á 16 robustos marineros encargados de manejarlos; se preparó otra falúa para la comitiva y un convite en la casa del Consulado, situada en el confín del muelle de Portugalete, que se decoró interior y exteriormente.

Fernando VII concedió durante su residencia en Bilbao algunos indultos, dejó para los establecimientos de beneficencia 8.000 reales de vellón y la Reina 6.000 *de sus bolsillos secretos*, partiendo de la villa á las seis de la mañana del día 25. «Marchó Fernando, y un accidente de naturaleza inocente embarga las palabras á los individuos del Ayuntamiento, y los iguala con el vecindario, que no se siente con fuerzas para despedirse de sus amados *Soberanos*. Bilbao, poco antes bullicioso y enloquecido, se duerme en el silencio y la tristeza del desierto valle y la playa solitaria.»

¿Fué el entusiasmo tan unánime como se refleja en las poesías dedicadas á los egregios huéspedes y en las incesantes aclamaciones consignadas en las pomposas crónicas? No es verosímil, dadas las persecuciones que sufrieron los *impurificados* desde la caída del régimen

constitucional realizada en 1823 con el apoyo de los 100.000 hijos de San Luis; pero como en aquellos tiempos no había en Bilbao periódicos ni libertad para manifestar ideas contrarias al régimen dominante, y se cuidaron poco los liberales bizcainos de transmitir á la posteridad sus impresiones sobre los asuntos locales, es difícil ahondar en la materia, no siendo tampoco propicia esta ocasión para intentarlo.

PABLO DE ALZOLA.

JESUCRISTO



(De Castelar)

¡Feliz la generación que vió á Jesucristo, que pudo distinguir sus huellas más luminosas que la estela en el mar, y oír su palabra más regalada que la fresca brisa sobre la abrasada luz del caminante perdido en el desierto; y contemplar su figura ideal, casta, hermosísima; y recoger su mirada más dulce que el primer reflejo de la primer estrella de la tarde; y ver sus maravillosísimos milagros; y contemplar su peregrinación por la tierra, su amor al pobre, su compasión por el desvalido, sus tiernos coloquios con el hijo del pueblo despreciado por la antigua sabiduría; y recibir de sus lábios, de sus mismos lábios tan puros como la primer flor que abrió su cáliz sobre la creación, aquella doctrina, sencilla como un idilio, como una égloga, y profunda é inagotable como no lo fué ni será nunca la más sublime filosofía, aquella doctrina, que se levantaba sobre tantos errores, aquella doctrina, que el Salvador daba á sus discípulos sencilla, amorosamente, ajustándose á sus necesidades y á su espíritu como el ave dá á sus hijuelos en el nido el dorado grano de trigo; y felices los que recogieron aquella eterna palabra, que había de ser el eterno eje de la civilización, la esencia del espíritu!

